

COLECCION



TORRE DE
BABEL

SERIE

XXI

L A
INSISTENCIA
DE LA
DESDICHA

(cuentos)

Horacio Martín Rodio

Prólogo

Liliana Díaz Mindurry



Rodio, Horacio Martín

La insistencia de la desdicha / Horacio Martín Rodio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2017.

96 p. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Babel / Bence Castilla, Patricia; . Serie XXI)

ISBN 978-987-3613-86-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

OCTUBRE 2017

Diseño de tapa, *Serie XXI*; Patricia Bence Castilla

Contacto con el autor: horaciorodio@hotmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7° B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

HORACIO MARTÍN RODIO

LA INSISTENCIA DE LA DESDICHA

-CUENTO-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

SERIE XXI

ediciones ruinas circulares

Notas un poco melancólicas sobre un extraordinario libro de relatos de Horacio Rodio

Si hay algo que se obstina en regresar (como suelen hacer las moscas con terquedad) es la desdicha y a veces también, la certidumbre de la desdicha, un sufrimiento que no queremos aceptar, pero está frente a nosotros, natural y resuelto, llámese soledad, recuerdos insoportables, resentimiento, los testimonios estancados de la desgracia, la miseria económica o matrimonial, los afectos imposibles, la mentira de las familias, las dignidades perdidas, los abusos en la infancia, los que insisten en la pérdida, el manoseo a los débiles, el atropello repetido, por poner algún ejemplo, y entender, en verdad, que la desdicha siempre será infinita y particular. Horacio Rodio quizás sabe atrapar un cóndor (como en su relato), a través de una técnica pulida, aunque lo que le importe sea indagar en la profundidad de las personas o las ruinas de las personas y las sociedades, lo que está debajo de los pensamientos y de los mandatos. Escarba y escarba, yendo cada vez más abajo en el cansancio, el escepticismo, la desventura, en esta su tarea de contar el agujero, la ruina interior. Y la de una sociedad, la ruina ética, la locura sin grandes aparatos, la condición fantasmática adonde conduce el capitalismo y por qué no decir la vida misma, porque el capitalismo copia sin la menor originalidad la brutalidad de la zoología, de la depredación, de la selección natural. Cartografías negras. Devorar y ser devorado. Paisajes de la decepción.

Mientras arañamos estas páginas nos sentimos grises y asustados.

Esta soy yo. Esta es mi mano. Esta es la mesa. Esta es mi casa dice un personaje femenino.

Lenguaje e historias son generalmente latigazos.

¿Habría que recurrir a la imbecilidad de la pedagogía y encasillar, por ejemplo, *La insistencia de la desdicha* en el existencialismo? ¿Encontrar ligazones onettianas? Detesto los rótulos, los encajonamientos, esto se llama así y esto de tal otra manera. Me niego.

Volvamos al cóndor que espera en uno de sus cuentos. Oler como la presa: sí, porque en estas narraciones hay olor. Se siente algo más que un mundo de letras que huele a computadora, a cartucho para imprimir. El olor, eso que vamos perdiendo los humanos. Ninguna descripción de olor: no es olor de palabras, es un olor imaginario. Y no porque sea más real, yo no creo en la realidad. Pero sí hay olor, y más de una vez uno da un paso atrás. Tal vez sea la podredumbre de una sociedad, de mentiras apiladas una al lado de otra. ¿Olor de sangre?

Y estar muy atento porque en este follaje hay tanto y un detalle puede hacernos rodar. Correr muy rápido para que no quedemos atrapados y no salgamos de la selva de hojas. Saltar encima a la presa, que es uno mismo. Uno es presa. Inmovilizar. Uno queda paralizado en su silla o donde quiera que esté, cama, suelo, hierba, arena. Y luego nos deja libres.

Pero no, la presa es el mundo narrado. Ese es el cóndor y nosotros nos volvemos partes de la narración. No es para cualquiera el cóndor, dice.

Nos llega la mala hora. Al mundo narrado le llega la mala hora. ¿Adónde hemos descendido?

Eso nomás les digo, dice.

Como si fuera poco.

Liliana Díaz Mindurry

Buenos Aires, septiembre del 2017

Dedicatoria:
A María Agustina, toda la dicha.

Agradecimiento:
A Liliana Díaz Mindurry por su aliento.

TIEMPO DE SOLEDAD

“Aquí tienes a la reina que has buscado.
Ámala y defiéndela del mal”

Ovidio, Libro X

Pude fingir no verlos, eso es lo que hizo el taxi que me precedía; pero yo soy un bicho nocturno y carroñero e intuí en ellos algo alucinado y moribundo. Por eso, cuando el tipo logró hacerme, a duras penas, la seña para detenerme sacando una mano del arrebato agobiante de la mina, pensé: “qué yiro bestial se ligó el payador”; y creí, como cualquiera hubiera creído, que me iba a pedir que lo llevara a un hotel por horas. Traté de adivinar a cuál, acaso uno barato por la zona de Constitución. No sé por qué lo imaginé un payador, quizás porque un payador es algo anacrónico, obsoleto o berreta y él daba esa idea. Con la mina recargada encima y la otra mano sosteniendo el estuche de la guitarra, descascarado y roto, estado que se notaba desde lejos; uno de esos estuches viejos y pesados de cartón. Él tipo tenía el cabello largo, canoso, engrasado y peinado a dos aguas; la ropa venida a menos, y una expresión de cansancio infinito. Eran las siete y media, más o menos, de una mañana de finales de mayo que no terminaba de aclarar, y me vinieron a la memoria los versos de “*Guitarrero Viejo*”, en la voz rota de Zitarrosa, el del final, el que volvió para morir en su casa; “*y con una pobre mina veterana / salir dando tumbos náufragos los dos / hacia la burlona paz de la mañana / sin pan y sin Dios*”.

“*Brandsen y Carrillo*”, me indicó, después que terminó de acomodar, primero, el estuche contra la ventanilla izquierda; luego, la muñeca en medio del asiento, y, por último, a sí mismo. Cuando yo al fin pude elaborar mi asombro con una frase que me cuidé muy bien de no pronunciar: “Con razón”. Porque para cualquiera, ésa, es una dirección más; pero para mí, que soy del barrio y vivo en Lavardén y Uspallata, ésa es la altura exacta del neuro-psiquiátrico Borda.

Los llevé despacio, y no sé por qué uso el plural; muy despacio, aun sabiendo que no les iba a poder cobrar todo lo que marcara el reloj; pero no podía sacar la vista del retrovisor para apreciar el espectáculo: la calidad de la muñeca, el aspecto del tipo, la

decadencia atemporal del estuche de la viola. La mina estaba hecha de retazos, pero era un trabajo artesanal, aunque eso no alcanza para describirla bien. La habría hecho un artesano, seguramente, pero no uno cualquiera, un exquisito o un enamorado o un enfermo, vaya a saber.

¿Es suya?, le pregunté cuando me sorprendió por cuarta o quinta vez mirándola: *“Nos tenemos”*, contestó. ¿La hizo usted?, volví a la carga, tratando de enmascarar la insolencia. *“A Morena, como a todos, la hizo el amor”*. Si la calidad de las respuestas de un hombre delata su inteligencia, y la categoría de sus preguntas su sabiduría, el tipo era Milsteín y yo, un fronterizo. Caí en la cuenta de que me estaba ofreciendo un espectáculo cuando le cruzó las piernas y la inclinó sobre él, cuando le pasó la mano por el cuello y pareció como si ella le reclinara la cabeza encima del hombro, cuando le abrió la campera para que yo apreciara la forma perfecta de los pechos, cuando dejó que se deslizara en el asiento para que la mini de cuero se corriera, dejando ver el nacimiento de unas piernas fenomenales, cruzadas casi encima de las suyas.

Después, ya nada importó ni necesité saber más, eran artistas y yo, su espectador único y cautivo. *“Se durmió, pobrecita”*, me dijo. Claro, contesté, y me vi en la obligación de preguntar si ella era la que cantaba, creyendo que contribuía a la cordura descartarla como guitarrista: *“Me acompaña”*, dijo él, y luego agregó, somos un dúo de varieté, *“Morena y el Pájaro Barrios”*, a raíz de mi apodo, desde que estamos juntos, la llaman la Nannis; pero nada que ver, Morena es gauchita y sencilla, nacional y popular. Ella se defiende haciéndome la segunda voz, y entre canción y canción hablamos; yo le doy algún que otro pie y ella remata, a veces con mucha crueldad; pero la gente se lo festeja, y vivimos de esto: mal, pero libres”. Ella se acomodó y lo abrazó, o él lo hizo, y después, ella o él, movió la boca para besarlo en el cuello. Me pregunté cómo lo lograba, cuánto tiempo lo habría ensayado, o cuánta necesidad de mentirse lo habría llevado a desarrollar ese grado de perfección.

Cuando paré el auto en la puerta del Borda, sin que él me lo indicara, la despertó con una ternura infinita y puedo jurar que Morena se despezó: *“Ya llegamos”*, le dijo y le acarició la mejilla; la muñeca tenía un cabello grandioso que le tapó toda la cara cuando la bajó del auto, ella o él, con un cabezazo natural se lo acomodó

otra vez; después la sostuvo de pie, tomada de la cintura, apoyada contra su costado y le indujo en el rostro la sensación de estar muy cansada. Yo pude, desde mi asiento, entender el mudo ruego de la mirada del Pájaro y moví la guitarra para que la alcanzara sin soltar a Morena: *“Gracias Raúl, ¿puedo llamarlo Raúl?, ¿Cuánto es?”* *“Nada, fue un placer traerlos”*, le respondí sonriendo y era verdad. *“No queremos abusar, si después de todo, trabajo para darle estos pobres gustos de viajar en primera a ella. Alojamiento y comida nos dan acá, como usted tan sutilmente adivinó”*. *“Por favor”*, repetí. Entonces, ella, o él, se inclinó, amable, y me dedicó una sonrisa algo imprudente, después agitó la mano con mucha gracia en el gesto del adiós. Juraría que ella, Morena, me dijo *“Chau”*

La próxima vez que los encontré fue el feriado del 20 de agosto, en Parque Lezama. Un dúo de músicos raídos, con guitarra y fuelle, les estaba tocando *“Zorro gris”*, y los pude ver bailar una milonga espectacular, la gente se cansó de aplaudirlos. Yo había visto una vez a un tipo bailar con un fantoche de tamaño natural, una cosa algo payasesca, con los pies de la marioneta atados encima de los del bailarín; pero no era éste el caso. Barrios, que lucía mucho más flaco que la última vez que lo vi, tenía unos zapatos especiales con unas correderas que se deslizaban de un lado a otro de sus pies, y estaban atornilladas, cada una, a la punta de los zapatos de Morena. Era como ver a Copes/Nieves, una locura perfecta: la cadencia, la exageración en los quiebres; los caderazos de ella en los giros que producían admiración; los arranques y los giros de él; las sentadas y las caras asombradas de Morena; el grande bien porteño de Barrios; el gesto de apretarle la cola, y la voz de ella, diciendo, bien reá: *“Andá, si descués en la quieza, arrugás”*.

Al terminar, él o ellos, se inclinaron en agradecimiento con exageración; él o ella, se cubrió el escote con una mano, y al erguirse, Barrios, agradeció en nombre de los dos, y entonces, él o ella, le dijo: *“No agradezcas todavía querejil, no ves que se quiantan sin contriguir. Agarrá el sombrero y ustedes: Coniando estaba la gansa. Que quien que me miragan el culo y las tetas. Usted señora tanguién, que se lo dejé a cunto caramelo al cusifai”*.

Después dejaron el escenario libre para el dúo de músicos y me asombró la rapidez con que advirtieron mi presencia, entonces Morena

me gritó: *“Raúl, Bombón, ¿nos llevás?”*, y me cruzó la gamba enfundada en unas medias de red negras para poner nervioso a cualquiera. *“Cómo no, muñeca”*, le contesté, y le tendí una mano a Barrios con el estuche de la guitarra. Pude ver que se apoyaba en mí para caminar, y que lucía verdaderamente agotado, como si hubiera echado el resto. Pero en ningún momento dejó de llevar a Morena de la cintura, consciente de que su convicción modificaba la realidad.

Les pregunté si querían ir a comer algo, como para que él pudiera descansar: *“No, ¿pero nos escuchaste cantar?”*, me preguntó. Por lo visto llegué tarde, pero ahora entiendo. *“¿Seguro que entendés?”*, me respondió. Supongo que entonces debí imaginar algo de lo que vendría después. Me contó que cantaron a dúo *“Alma en pena”* y la recordé en la voz de Angelito Vargas: *Y hoy frente a su puerta / la oigo contenta, / percibo sus risas / y escucho que a otro / le dice las mismas / mentiras que a mí...* Me imaginé la habilidad de Barrios para lograr las caras que Morena pondría ante esos versos y entendí que me había perdido de ver algo muy bueno.

“Qué lindo es el aplauso, ¿viste cómo nos aplaudieron?”, dijo Barrios ya en el auto. Durante el viaje me contó que alguna vez estuvo en la televisión, en la Noche del Domingo, con Gerardo, así lo dijo, tocando *“Taquito Militar”* y *“Desde el alma”*, golpeando un corchito sobre los dientes y usando la boca de caja de resonancia. *“Eso fue un suceso, ahí entendí el poder de los medios, me llovían ofertas de todos lados, ése fue mi mejor momento. Pero todo pasa, después de aquello anduve en banda mucho tiempo, hasta que Morena llegó a mi vida y me rehíce otra vez”*. Cuando bajaron lucía un poco mejor, pero antes me preguntó cómo podía ubicarme y le dejé una tarjeta de la empresa de Radio Taxi con mi celular atrás.

Al alejarme, cuando me dieron la espalda, no me alcanzó con la imagen del retrovisor y paré el coche para observarlos. Pude ver que él pájaro estaba totalmente vencido, pero algo lo sostenía de pie, qué misterio tienen las mujeres, pensé, que el más infeliz de los mortales, con una mujer al lado, o lo que sea que Morena represente para él, hace que Barrios, todavía, conserve una luz de dignidad.

El 23 de agosto recibí un mensaje en el celular, era un médico del Borda, pidiéndome que pasara por algo que Barrios había dejado para mí. Era Morena, estaba en una silla tapada hasta la cabeza con una manta, con una carta del Pájaro que me pedía: *“cuidála”*, a su lado pude ver el estuche de la viola. Para llevármela, la alcé

como si fuera una novia y pude comprobar que hasta tiene el peso de una mujer. El doctor me cruzó el estuche en la espalda y en ese momento, cargado como estaba, razoné que yo no me debería ver muy distinto al pájaro cuando lo conocí.

La senté en una silla de la cocina que no uso, allí me espera en silencio mientras trabajo, es una grata sorpresa encontrarla cuando regreso. Alegra este lugar con su presencia y confieso que a veces he llegado a hablarle, como el sábado a la tarde, cuando llegaron los gritos de la cancha y le dije: “Gol de Huracán”, y ella me miró con esos terribles ojos negros que extrañan al Pájaro.

A veces uso al arnés con que Barrios la soportaba de pie y la acomodo, sentada a mi lado, paso mi mano por el agujero de su espalda y, en el hueco de su cuerpo, meto los dedos en los anillos del mecanismo de resortes que da vida a su cara. He aprendido a inclinarla en mi hombro, a hacer que me bese y a que ponga cara de desconfiada cuando le miento. No sé por qué Barrios te dejó conmigo, le digo: no soy ventrílocuo, no se tocar la viola, mucho menos me animo a pasearte por la calle como él. Yo, ella, me mira y sé que, si pudiera, yo, ella, hablar, me contestaría: *“Algo de él mismo habrá reconocido en vos el Pájaro”*.

Eso es todo, por ahora; pero seguramente habrá de empeorar durante el tiempo sin sentido de la espera. Se espesará, como el chocolate en una taza que se enfría abandonada o como la sangre de los viejos. Cuando Morena se vuelva huesos, piel, tendones, ligamentos; o cuando yo me vuelva de hule, de espuma y de aluminio. Cuando el cansancio de Morena ya no insista en meter su mano, acá, en mi agujero.

(...) Horacio Rodio quizás sabe atrapar un cóndor (como en su relato), a través de una técnica pulida, aunque lo que le importe sea indagar en la profundidad de las personas o las ruinas de las personas y las sociedades, lo que está debajo de los pensamientos y de los mandatos. Escarba y escarba, yendo cada vez más abajo en el cansancio, el escepticismo, la desventura, en esta su tarea de contar el agujero, la ruina interior. Y la de una sociedad, la ruina ética, la locura sin grandes aparatos, la condición fantasmática adonde conduce el capitalismo y por qué no decir la vida misma, porque el capitalismo copia sin la menor originalidad la brutalidad de la zoología, de la depredación, de la selección natural. Cartografías negras. Devorar y ser devorado. Paisajes de la decepción.

LILIANA DÍAZ MINDURRY

Buenos Aires, septiembre del 2017

